

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 23 ENERO 1897. NÚM. 4.º

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

AL PUEBLO

¿Una revolución? ¿Tú sabes lo que es eso? Es el desencadenamiento de todas las pasiones, la subversión de todos los principios, la merma y el menoscabo de todos los legítimos intereses. ¡Guárdete de ella el cielo! Da gracias día y noche al Todopoderoso que se digna librarte de tal plaga. Las naciones que han expulsado á sus *constitucionales* son muy desgraciadas, mucho. Ahí tienes á Inglaterra que paga todavía con la miseria y la adversidad el crimen ya lejano de haber destronado á los Stuardos. Ahí tienes á Francia purgando bajo esta tercera República el delito de haberse deshecho de los Borbones. Por dicha no eres tú capaz de hacer con tu monarquía restaurada lo que hicieron con las suyas aquellos dos pueblos de herejes. ¿Quién sabe los males que una revolución podría traer consigo? Acaso reinara la miseria en los campos. Acaso los obreros de las ciudades carecieran de trabajo. Acaso se sublevaran en Cuba los filibusteros y los tagalos filipinos intentasen sacudir el yugo paternal de los frailes. Acaso sería necesario poner en pie de guerra grandes ejércitos. Acaso las familias pobres verían á sus hijos arrancados del hogar y llevados á la muerte. Quién sabe si los campos no quedarían yermos por falta de semillas y de brazos. Quién sabe si no sería necesario contratar empréstitos por miles de millones, emprendiendo la senda fatal que conduce inevitablemente á la bancarrota. Quién sabe qué cifra alcanzaría la emisión de papel moneda. Quizá los intereses de los préstamos subieran á cientos de millones. Quizá, en medio de la perturbación general, quedara desatendida la instrucción pública y se dejara de pagar á los maestros. Quizá las pasiones revolucionarias llevaran á algunos á cometer actos de crueldad que nos deshonrasen á los ojos del mundo culto. Quizá los carlistas acechasen y aprovecharan la primera ocasión para lanzarse al campo. De temer es que la seguridad personal fuera un mito, la prensa viviera bajo un régimen dictatorial, el sistema parlamentario fuese una mentira, la libertad religiosa garantida por la ley se convirtiera en una farsa, escandalosas fortunas se improvisaran al amparo de las turbulencias, los municipios fueran teatro de grandes latrocinios y la justicia se declarase impotente para castigar los delitos. Todo, todo es posible en medio de las grandes perturbaciones revolucionarias.

En vez de esos horrores, hete nadando en plena restauración como el pez en el agua. ¿Qué apetece? ¿Pan? Los conservadores vinieron á dártelo á cambio de derechos. ¿Libertad? Ahí la tienes, escrita por Sagasta en

las leyes de la regencia. ¿Paz? Pacificador fué llamado el primer monarca de la restauración, y el infalible Castelar, con presentimiento sublime, te anunció ya oportunamente la paz y su presupuesto. ¿Tolerancia? La Constitución te la promete y las autoridades civiles y eclesiásticas te la garantizan, siempre que opines como ellas. ¿Seguridad? Seguro estás como tú te guardes, sobre todo de los agentes de la seguridad pública. ¿Instrucción? No te faltará si la pagas. ¿Justicia? La tendrás, siempre que no la pidas contra el poderoso. ¿Moralidad pública? Maldito si la necesitas. ¿Qué más se puede desear? ¿No estaría empecatado un pueblo que se aventurase á perder gangas semejantes por el vano empeño de correr desalado tras utopías irrealizables?

No: lo que á tí te conviene es vivir tranquilo, contento con tu suerte, sin que el ansia insana de lo mejor te impida gozar de lo bueno. No hay condición humana que no tenga sus contras. Oírás decir que el yankee nos humilla y que los extranjeros nos llaman bárbaros y crueles; ¿tienes más que hacerte el distraído? El cacique que te toque en suerte te oprimirá probablemente; ¿tienes más que someterte? Te escamotearán el voto en las urnas; ¿tienes más que encogerse de hombros? Tal vez te zampen en la cárcel; ¿tienes más que aguantarte? Frailes y curas te tomarán ojeriza; ¿tienes más que cumplir con la Iglesia? El fisco te sacará el redaño; ¿tienes más que pagar? Te llevarán á la guerra; ¿tienes más que morir? ¿Ignoras por ventura que este mundo es un valle de lágrimas? Si la bienaventuranza se alcanzase en esta vida, ¿qué quedaría para la eterna?

Por todo lo cual ninguna persona sensata y que tenga algo que perder dejará de alabar como merece ser alabada la ejemplar resignación con que ves pasar ante ti carros y carretas. Así se gana el cielo. Y tú, ¡oh pueblo longánimo! estás ya á las puertas del paraíso. Porque, en el supuesto de que un pueblo pueda morir, tú presentas todos los signos hipocráticos. Ya los cuervos revolotean en torno tuyo presintiendo el festín. ¡Muere en paz, oh pueblo devotísimo, modelo de beatitud; muere en paz, seguro de que no han de faltar clérigos para encomendarte el alma!

ALFREDO CALDERÓN.

AMARGURAS

Grandes son las que revela *El País* en su número del martes.

«A lo mejor, dice, nos asaltan unas dudas y nos acongojan unas desesperaciones terribles.

Dan ganas de renegar de todo: hombres é ideas.

Si juzgáramos sólo por los síntomas inmediatos, por el medio ambiente que nos rodea, ¡qué mala te! ¡qué servilismo!

Y el caso es que se mira á todas partes y el horizonte se presenta cerrado, y parece que vivimos en el caos.

De poco sirve tener criterio fijo, convicciones serias, aspiraciones bien definidas y determinadas.

¡Ah! ¿Las predicas tú? Luego te convienen á tí. ¿Te convienen á tí? Luego no me convienen á mí.

Y así pasa el tiempo y así se agotan las fuerzas y así se consume la vida.

No se puede pensar alto; el pensamiento tiene que volar rastreando miserias y egoismos.

No hay iniciativa posible. Exponedla y os crucificará el recelo de los unos, la aversión de los otros.

Cada esfuerzo que hacéis por emanciparos de la atonía os aleja de amigos del alma, de compañeros queridos á cuyo lado luchasteis muchas horas de la vida. Os ven partir para luchar y no os preguntan dónde vais.

¡A trabajar! decís vosotros.

No, os contestan; á destruir.

¡Desdichados todos!»

Todo eso es muy cierto. ¡Si lo sabré yo, que vengo hace años comprobándolo á costa mía! Sin embargo, persevero en mi propósito. Cuando se trata de salvar lo que á todos es común, ¿qué importan ni la opinión de los serviles, ni el egoismo de los miserables?

¡Desdichados todos! No. Desdichados ellos; los usureros de ideas que ponen las suyas al rédito de duro por céntimo; los que no pueden dominar los impulsos de su sangre lacayuna; los que llaman disciplina al acto sucio de limpiar las botas al jefe que á lo mejor se las aplica en salva sea la parte.

Y prosigue *El País*:

«Sacudir el letargo ¡no puede ser!

El que se mueva será sospechoso; el que se levante con un pensamiento en la cabeza será anatematizado; hay que esperar todo del cielo.

No os preguntan, no discuten, no razonan.

Os marcan en la frente con un estigma jeroglífico que cada cual traduce á su antojo.

Y unos leen: ambicioso; otros: indisciplinado; éstos: necio; aquéllos: maquiavélico.

Nosotros abdicaríamos gustosos de todas nuestras iniciativas; pero, ¡por amor de la República, por amor de la patria! venga una que nos salve á todos.»

También eso es verdad; pero contra eso es remedio infalible la energía que se apoya en la pureza de la intención. Hay que seguir el camino trazado, sin enterarse, más que para despreciarla, de la opinión de los canallas ó de los incapaces. Medrados estaríamos si en la mano de esos pusiéramos la facultad de anular nuestras ideas! Valdría más no tenerlas.

Se ocupa después *El País* de la intención torcida que muchos republicanos han dado á su proposición de celebrar una Asamblea de Presidentes de Comités provinciales y directores de todos los periódicos republicanos, y dice que en seguida le han salido al paso *la mala fe, el recelo y la suspicacia*; por lo cual:

«La Asamblea proyectada ha fracasado: bastó para ello que la adulación rastrera colocase el proyecto frente á frente de los que, dada la elevación de su entendimiento, sentirán arcadas de asco al recibir el homenaje servil de los inconscientes.»

No opino como el colega; el proyecto ha fracasado, porque debía fracasar; porque lo primero que hay que hacer, para que la democracia triunfe, es acabar con todo lo que la mixtifica ó dificulta; y aun cuando *El País* ha comenzado á hacerlo, no ha llegado aún á sacar las lógicas consecuencias que de su actitud se derivan.

No se puede ser indisciplinado á medias, como no se puede ser católico á medias. «Yo creo en la eficacia de la Misa, pero no en la Confesión». El católico que así habla, no es católico. Para estar dentro de la ortodoxia, hay que creerlo todo, hasta que habló la bura de Balaam, milagro el más creíble, puesto que tantos fetichistas hablan.

La situación de *El País*, (y dispénseme la franqueza) es hoy falsa; y lo es, porque se ha empeñado en ser independiente sin dejar de ser progresista. No, esto no puede ser. El periódico que habla en nombre de un partido, no puede tener criterio propio; debe reflejar constantemente el de la colectividad. Y el día que su convicción le marque otro rumbo, y lo siga, debe resignarse á pasar por indisciplinado, con todos los inconvenientes materiales, pero á la vez con todas las ventajas morales de su actitud.

La disciplina se entiende hoy de una manera depresiva para el individuo, y entre los republicanos más que entre los monárquicos. Todo el que no se someta, á los jefes más aun

que á la doctrina, está perdido. Por esto, al sacar la espada para combatirlos, hay que hacer lo que yo he hecho: romper la vaina.

Los jefes republicanos no perdolan: se necesita mucha talla para eso. Por lo tanto, tenga entendido todo aquel que con ellos se meta, que no será perdonado; cuando más será tolerado, si las circunstancias lo aconsejan. Sé á qué atenerme respecto á este punto. Y todavía pudieran transigir en alguna ocasión con el que valientemente los hubiere atacado; nunca con el que no se atreve á romper de frente. Podemos estrechar la mano al que nos dió un balazo; no al que tuvo intención de ponérsela en la cara.

No hay que olvidarlo: lo mismo es juzgado en el ejército el inferior que da una bofetada á un jefe, que el que le descerraja un tiro; lo mismo es anatematizado el periódico que disiente del partido en una cuestión de detalle, que el que disiente en un punto de doctrina; más aun aquél que éste. Si Daoiz y Velarde amenazan á sus jefes con indisciplinarse, hubieran sido fusilados sin gloria; faltaron á la disciplina sin anunciárselo, y al morir resultaron héroes.

Ánimo, pues, desanimado colega, y á sublevarse como Daoiz y Velarde. Si nada vale la disciplina comparada con la patria, el partido progresista vale menos comparado con la República. Si se triunfa, la gloria es mayor, por haber luchado contra todos; y si se sucumbe...

Iba á decir una majadería. No, no puede sucumbir el periódico que con propósitos dignos y voluntad decidida pelea por la verdad; testigo EL MOTÍN, que ha luchado solo y contra todos, y vive.

Pero si pudiera ser; si el envilecimiento de la masa se pusiese al nivel de la ineptitud de sus directores, todavía le quedaba al periódico que sucumbiera el viril recurso de acumular en su boca toda la saliva que su indignación segregara, para escupirla al rostro de todos, altos y bajos, chicos y grandes, mezclada con esta palabra:

¡Imbéciles!

JOSÉ NAKENS

OTRO MÁS, Y BUENO

La Campana de Gracia, importantísimo periódico de Barcelona, habla de los hombres de buena fe que se hallan dentro del ejército republicano sin otra aspiración que la del triunfo de la República, y dice luego:

«Ha llegado la hora de cerrar á cal y canto todos los programas, los cuales no sirven más que para divagar en la esfera meramente doctrinal, cuando hoy lo que importa no son doctrinas mejor ó peor sistematizadas, sino hechos, actos y resoluciones.»

«Conjuntamente con los programas, deben plegarse también las diversas banderas que cada fracción ó fraccioneilla tremola.»

Somos ya tantos los republicanos que pensamos lo mismo, que vamos á merecer, si no intentamos pronto realizar algo gordo y práctico, que se rían de nosotros por la misma causa y por igual motivo que nos reímos de los veinte gallegos del cuento, que se dejaron robar por dos hombres desarmados, y que después se disculpaban diciendo que había sido posible aquello, porque estaban solos.

LOS BANQUETES

Hace años, muchos años que vengo tronando contra los del 11 de Febrero; y para predicar con el ejemplo, no he asistido á ninguno. Transijo con las brutalidades, nunca con las mamarrachadas; y mamarrachada, y grande, es celebrar un aniversario que no recuerda ni esfuerzo viril ni acto heroico.

El País se ha anticipado este año á condenarlos, como dije en el número anterior, y después ha remachado el clavo en esta forma:

«Lo que quiere *El País* es que los republicanos no

se presten á la bafa y el ridículo, reuniéndose á comer el 11 de Febrero para celebrar esta fecha memorable con indigestiones y brindis llenos de lugares comunes, donde se hable de la República que *alborrea*, y de la revolución que *relampaguea en el horizonte*, y del triunfo que *llega por el Oriente*, como los Reyes Magos, sin acabar de llegar nunca; porque es más fácil levantar una copa, decir tres majaderías y echar un trago de peleón, que coger un fusil gritar ¡viva la República! y disparar hasta la muerte.

Y esto mismo, dicho en cincuenta comedores de Madrid por cincuenta grupos de republicanos con distinta bandera, y en cinco mil diversas poblaciones de España, es el colmo de lo ridículo, la apoteosis de lo bufo.»

Conforme en un todo.

Disculpemos, no obstante, á ciertos republicanos si se reúnen el 11 de Febrero á comer, tomando pretexto del aniversario para redimirse aquel día de los consecuentes garbanzos domésticos. El estómago necesita variar de bazofia, y el que no puede darle otra, á la patriótica se agarra.

¡REPUBLICANOS!

«Doña Serafina Fernández, viuda de Pedro Requena Perpiñán, el entusiasta republicano muerto á manos de los esbirros en *La Serreta* de Novelda, ha quedado en la más terrible miseria, sin más recurso que implorar la caridad para mantener á sus tres hijos (el mayor de ocho años).

Mientras se exigen ó se dejan de exigir responsabilidades á los causantes de la sorpresa de Novelda, tienen el deber las republicanas y los librepensadores por cuya causa se arruinó Pedro Requena, de socorrer á la desdichada viuda y á sus tiernos hijos como asimismo á las viudas de los demás republicanos muertos con el ya citado.

Que cada uno haga lo que quiera ó lo que pueda, demostrando que entre los republicanos se sobrepone por encima de todo otro sentimiento, el de la hermosa solidaridad en la desgracia.

Por nuestra parte, abrimos desde hoy una suscripción destinada á remediar siquiera sea momentáneamente la dolorosa situación de varias viudas dignas de respeto y de apoyo.

Entendemos que esta es la mejor protesta que podemos formular contra la matanza de Novelda.

Sintiendo no poder hacer más, *La Conciencia Libre* encabeza la suscripción con diez pesetas.

Con el fin de atender cuanto antes á las necesidades, esta suscripción quedará cerrada el día 30 del actual.

La cantidad recaudada será remitida á la señora viuda de Pedro Requena, quien la repartirá equitativamente entre aquellas de sus compañeras que lo soliciten.»

Esto ha escrito *La Conciencia Libre*, de Valencia. Nos adherimos al pensamiento y nos suscribimos por la misma cantidad que el colega.

¡CAFRES!

Carta que escriben á *El País* desde Carpio, por donde han pasado para Figueras los prisioneros de Cuba y Filipinas desembarcados en Cádiz:

«... los presos vienen en lastimoso estado; descalzos, con los pies destrozados, y sangrando, sin ropa, ateridos de frío. En los pueblos del tránsito, en lugar de hallar descanso y reposo, se les recibe á pedradas, con insultos, provocaciones y burlas soeces.»

«El corazón se enciende en ira al ver la falta de sentimientos humanitarios y la poca caridad de estas gentes.»

«Dos hijos tengo en el ejército de Cuba combatiendo el separatismo; pero por lo mismo, en vez de irritarme contra los prisioneros, me sublevo contra los que les apedrean y maltratan. No es de corazones nobles el humillar y ofender á los vencidos, ni cristiano el no tratarles con todos los cuidados y consideraciones á que son acreedores por su desgracia.»

Los cafres que reciben así á los prisioneros están á la altura de los gobiernos que, pudiendo llevarlos embarcados ó en ferrocarril á su destino, los pasean por toda España sin pan y sin abrigo.

Va á llegar un día, quizás no lejano, en que nos avergoncemos de llamarnos españoles, no por faltas propias, sino por las que cometen

los que han resucitado en costumbres, leyes y procedimientos el espíritu de la frailería.

VERDAD CONTRADICHA

Al ser desterrado Víctor Hugo de Amberes en 1852, pronunció un discurso, al que pertenecen estos párrafos:

«Amarse en la aflicción constituye la felicidad en el infortunio.

¿Y cómo podríamos no amarnos? Nos aflige la misma desgracia y nos anima la misma esperanza. Tenemos sobre nuestras cabezas el mismo cielo y el mismo destierro. Por lo mismo que vosotros lloráis, lloro yo; el vacío que sentís vosotros, lo siento yo también; lo que vosotros esperáis es lo mismo que yo espero. Siendo iguales en la suerte, ¿por qué no habríamos de ser hermanos por el espíritu?»

¡Amémonos! Sufrir juntos es amarse. La adversidad, hiriendo nuestros corazones con la misma espada, los ha atravesado del mismo amor.

Nuestro objetivo es un solo pueblo; nuestro punto de partida debe ser una sola alma. Bosquejenios la unidad por la unión.»

Todo eso es muy hermoso, pero los republicanos españoles nos hemos encargado de demostrar que no es cierto.

Mientras más sufrimos juntos, más nos odiamos, y menos dispuestos estamos á unirnos.

PROTECCION Á LA JUVENTUD

Empeñado el obispo de Cádiz en proteger á tres jóvenes, solicitó y obtuvo del Cabildo que les permitiese oficiar en misas que, con arreglo á liturgia, debía decir un dignidad.

No me extraña que el retenedor del legado de Igareda se desviva por la juventud; hay muchos que se le parecen en esto. Lo que sí me extraña, es que el Cabildo accediese á tal pretensión.

Alla va la relación que del suceso hace *El Pueblo*, ilustrado é imparcial colega que se publica en Cádiz:

«Era Noche buena. El obispo lo había preparado todo. Tenía tres donceles misacantanos á su disposición, como tres soles. Era menester que los ángeles se lucieran. Que inauguraran las tareas santas de su ministerio sacerdotal con bombo y platillo. El los quería; eran tres almas candidas, puras; tres hijos espirituales del nuevo Eleno piadoso; tres niños bonitos en la viña del Señor.

¡Se daban tanto á querer! ¡Eran tan modestitos, tan buenos, tan monos, tan zaragateros, tan dispuestos para los regalos del amor divino!»

¡Sí; había que proteger á aquellos tiernos pimpollos del jardín episcopal. Había que cuidarlos como flores exquisitas que ya daban olores penetrantes, que ya recibían con dulce regocijo y movimiento delicioso de sus hojas las auras bienhechoras del cariño acendrado de los idílicos efluvios pastorales...»

«El obispo lo allanó todo. Se fué derecho al bulto. Se fué al Cabildo, le habló al alma, le expuso el caso, pidió su benevolencia, obtuvo su gracia.

Era un favor que pedía, un ruego que hacía casi de rodillas. Eran esos niños de Santa Cruz, barbianes á lo divino, delicias de su alma, amor puro de su corazón, regalo de su vida, cielo de sus ilusiones.»

Están escritos esos párrafos con tanta miel, tanta azúcar, y resultan tan suaves, tan tiernos, tan perfumados, y... tan tarantán, que fluctúo en un mar de confusiones para darles el sentido apropiado, y por esto, creo que lo mejor será...

Poner aquí punto.

RESIGNACIÓN CRISTIANA

En las *Cuentas de la guerra* publicadas recientemente en la *Gaceta*, aparece en los gastos la siguiente partida:

«A la Compañía Trasatlántica, por las expediciones desde Agosto de 1895 á 30 de Mayo de 1896. Cuatro millones, veinticinco mil setecientos cinco pesos.

Y en otro renglón otra partida de cuatrocientos setenta y un mil ochocientos treinta y seis pesos.

Total: Veintidos millones cuatrocientas ochenta y siete mil setecientos cinco pesetas.»

Falta á esta suma lo que se lo haya abonado desde 1 de Junio de 1896 y lo que se le adeude.

Dios premia y protege á los suyos.

Dígalo esa Compañía de jesuitas que se está enriqueciendo con las desventuras y la ruina de España.

A cada soldado que cae en la manigua ó que el vómito extermina, exclamarán los accionistas: «¡Bendito sea el que todo lo puede! ¡Treinta y dos duros más para nosotros! Porque ese que ha muerto hace necesario el envío de otro. Y vamos viviendo, aunque España muera.

Esto me incita á hacer esta pregunta:

—¿Cuál es el sér más calzonazos de la creación?

—El español, llamado hombre en otro tiempo, y con justísima razón, mientras hoy tolera como esclavo vil todos los atropellos, y se deja esquilar por la Iglesia y por el Estado con resignación cristiana.

CONTRA LAS REFORMAS

El obispo de Salamanca no está por las reformas en Cuba; quiere que los soldados terminen á los rebeldes, y luego... Pero que hable él:

«A otro día de la paz asentada en los laureles de nuestros soldados, se envía á la ilusa colonia el Credo y el Decálogo, anunciados por los misioneros, y pocas más leyes derivadas de nuestra antigua legislación indiana. Yo entiendo que esa sería la reforma salvadora. Esto será elemental, no lo discuto, pero es divino.»

Ya lo creo que es divino. Y estúpido por añadidura.

¿Con que misioneros, eh? ¿Y por contera Credo y Decálogo? Se necesita ser obispo para atreverse á dar tales achuchones al sentido común.

¡Pues apenas hay misioneros en Filipinas, armados con el Decálogo y el Credo desde hace siglos, y se anda allí, como en Cuba, á cintarazos!

¡Por Cristo vivo, P. Cámara! Un poquito más de buen sentido, y aun de caridad para con los infelices que en Cuba pelean mientras usted cobra miles de duros por echar bendiciones que no deben servir para maldita la cosa en estas contiendas, cuando no las ha utilizado ya en evitar que las balas horaden el pecho de los infelices soldados que en la manigua pelean, y que sucumben á pesar de que muchos están blindados con escapularios y medallas.

Golpe rudo ha dado usted al catolicismo con su declaración; hasta el más topo se preguntará después de leerla:

«¿A qué quedan reducidos los cuentos de los misioneros que se lanzan, crucifijo en mano, entre los enemigos de Dios y de la religión, valerosos, serenos, sublimes, dispuestos á inmolar su vida en aras de la fe, si los soldados han de ir delante empedrándoles el camino con sus huesos y regándoselo con su sangre?»

Más cuidado con lo que se dice, Sr. obispo.

ACCIONISTAS Y OBREROS

Entusiasmado el periódico de Bilbao, *La Lucha de Clases*, con la hermosa noticia de que los accionistas del Banco de España van á cobrar el 12 por ciento del dividendo que les corresponde en los seis últimos meses, lo cual supone un 24 por ciento al año, entusiasmado, repito, escribe:

«Supongamos un accionista cualquiera que posea dos millones de pesetas (si se puede llamar «cualquiera», sin faltar al respeto, á quien los posee). Dos millones á veinticuatro por ciento, dan 480.000 pesetas.

Ahora bien: supongamos que un obrero trabaja todos los días del año á razón de tres pesetas. Deduciendo los 52 domingos y 20 días de fiesta, quedan 293 días, que á tres pesetas hacen 879.

Las 480.000 pesetas del accionista equivalen en buena aritmética á 547 obreros y 21 céntimos de obrero, es decir, que el trabajo de 547,21 obreros durante un año, lo recoge bonitamente ese cualquiera de los dos millones sin más que asistir á las novenas y gritar ¡viva España! cuando llegue el caso ó peligro el dividendo.

Eso es de una moral asombrosa.»

Cuéntase que, pasando revista Federico II á un ejército de 20.000 prusianos, oyó que le decía uno de los que le acompañaban:—En peligro estaríamos si todos esos hombres se volvieran locos ahora.

A lo que replicó el rey filósofo:—No; como lo estaríamos, sería si se volvieran cuerdos.

Lo mismo digo en este caso: el día que los obreros se vuelvan cuerdos, no serán posibles esos dividendos.

DOCUMENTO CURIOSO

Me envían desde Málaga el que copio á continuación. Atrasadillo es, pero da la idea de que no pierden ripio los presbíteros, y que lo mismo encomiendan el alma de cualquiera por cuanto vos contribuísteis, que recomiendan los vinos que confortan y apitiman su cuerpo:



NOS D. MARCELO SPINOLA Y MAESTRE,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SE
DE APOSTÓLICA OBISPO DE MÁLAGA ETC.

Hacemos saber y certificamos: que, según informes que hemos adquirido, la casa de Comercio que gira en esta Plaza, bajo la razón social de «ADOLFO DE TORRES HERMANO» goza de excelente reputación y provee de vinos para la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, á gran número de Yglesias de esta y otras Diócesis, demostrándose así la buena calidad de los mismos; y la creencia que en todas partes se tiene de su pureza y legitimidad.

En testimonio de lo cual, expedimos el presente, firmado por Nos, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro infrascrito Secretario de Cámara y Gobierno, en Málaga á veinte de Noviembre de 1889.

MARCELO, OBISPO DE MÁLAGA.

Por mandado de S. E. I. el Obispo, mi señor.

DR. JUAN MARÍA ALVÁREZ TROYA.
Secretario.

Hay un sello del obispado.

El obispo que descendió á hacer esta recomendación ejerce hoy de arzobispo en Sevilla, y es el que procesó á *El Bultarte* por hablar de una doña Celia, de un paje, y de no sé quién más.

Se lo advierto á los cosecheros, almacenistas, y comerciantes de vinos de Sevilla, para que aprovechen la ocasión, si es que les conviene.

BOCETO

UN CARDENAL

...Una vez fué á París, y una revistilla dedicada á publicar bombos á tanto la línea, dió á luz su retrato y un largo artículo, que principiaba: «Es un entusiasta partidario de la moderna política romana...» Y, electivamente, eso era mi Cardenal: un prelado á la moderna, adversario de la antigua rigidez católica, amante de la vida del día, con todas sus agradables transacciones y su cómodo contemporizar con ideas y hombres de campos diversos. Conocía la vida como nadie; sabía ver á través de la realidad y tomar en su justa medida las pasiones y debilidades mundanas.—El mundo es una batalla—se dijo allí en sus mocedades, cuando tenía ante sí incierto su destino;—el mundo es una batalla; por un lado el bienestar, la hartura cínica; por otro la angustia, el odio silencioso y feroz contra una sociedad de bárbara explotación. Comprendo—¿cómo no he de comprenderlo?—de qué parte está la razón, dónde se asienta el derecho; comprendo que la justicia está con el esclavo de la fábrica que sufre y espera pacientemente el día terrible; lo comprendo, sí; pero, ¿qué ganarán los proletarios con que yo me coloque á su lado y luche con ellos? ¿Qué puede ganar la sociedad con que haya uno más que sufra y odie? No, no seamos

atolondrados; vivamos, y vivamos confortablemente... Después de todo, la causa de la verdad no pierde nada con mi fuga, y yo en cambio gozaré de una vida tranquila y apacible.»

Escéptico refinado, se reía á solas de la farsa en que se movía su persona, y asombrábase á ratos de que no se acabase la estupidez humana que mantenía con su dinero aquella estupenda comedia. Era ateo, tan ateo como un enciclopedista del siglo XVIII. ¡Y en verdad que resultaba un placer violento, bárbaro, no creer en su Dios, en el Dios que le había hecho príncipe de su Iglesia, y repetir interiormente «mentira, mentira», en los momentos en que, vestido de oro y seda, envuelto en aromosas nubes de incienso, elevaba al cielo la hostia, allá en el fondo de la inmensa catedral, mientras la turbamulta de fieles inclinaba humildemente la cabeza sobre el polvo!

Trataba por todos los medios de ser popular entre la clase productora; se envanecía de tener tendencias liberales; hablaba de la armonía entre el capital y el trabajo... pero en el fondo se burlaba de sus tendencias y armonías, porque, hombre de claro juicio, veía que no era posible inteligencia alguna mientras la explotación no terminase y todos trabajásemos igualmente y gozásemos lo mismo. Pero ese día, ¡adiós púrpura cardenalicia, adiós palacio, adiós coche, adiós comodidades de la vida ociosa!

Por eso, por su propio interés, no por convicción de su dogma, tenía prurito de aparecer como un Manning, conciliador de pasiones y deseos que no tienen concierto posible; predicando á unos la caridad—como si se tratase de caridad y no de derecho—á otros la resignación cristiana,—como si fuese posible resignarse cuando el hambre aprieta el estómago y el frío entumece los miembros. Publicaba, encaminados á este fin, artículos y pastorales en el *Boletín* de la diócesis, artículos que luego reproducían las hojas católicas, colmando de epítetos laudatorios á aquel eminente prelado, que se reía de sus ovejas y leía á sus solas á Kropotkin y Grave.

Leía, sí, á los sociólogos revolucionarios; saboreaba con verdadero deleite los volúmenes recientes que cada día le mandaban de París y Bruselas, y estaba al tanto de los estudios más vigorosos que en las revistas independientes—*Société Nouvelle*, *Critica Sociale*, etc.—veían la luz. Porque él, por dentro era un revolucionario, un demagogo feroz que, á ratos, hubiera deseado verse libre de la púrpura que le oprimía para lanzar en un *meeting*, en su misma catedral, aquellos atrevimientos, las sinceridades aquellas que bullían en su cerebro.

Y en esos momentos, en esos instantes de lucha, que se reproducían cada vez que devoraba una página inspirada ó leía en los periódicos la leyenda de algún revolucionario, los heroísmos de algún mártir de la idea, necesitaba de todas sus energías, necesitaba representarse el porvenir incierto en contraste con el presente confortable, necesitaba imaginarse el tumulto del escándalo ferrible, para seguir haciendo la comedia, para continuar representando su papel de ídolo católico, de apóstol de una religión de mentiras...

Tenia por sus gustos y refinamientos mucho del gran poeta Baudelaire; era un decadente parisién con birreta cardenalicia, un desequilibrado. Su pasión, pasión frenética, ansiosa, era la mujer.

Hubiera colocado en su estudio, en vez del Cristo enorme de marfil, el retrato de Venus, no la impasible y fría de la antigüedad; la Venus incitante y lujuriosa del Ticiano. Sentía verdadera obsesión por las cosas femeninas; experimentaba una curiosidad refinada y malsana por todas las interioridades de la mujer; por conocer sus gustos, sus preferencias, sus soledades, sus inversiones, todas esas *petites debauches* fomentadas por el aislamiento ó los desencantos conyugales. Frecuentemente, vestido de simple clérigo, se sepultaba en los confesionarios de sus iglesias y allí permanecía horas y horas haciendo estudios psicológicos *d'apres nature*, observando á la mujer por dentro, en sus intimidades.

Y tantos eran los documentos recogidos, tal era su caudal de notas y apuntes, que hubiera podido escribir—como el dramaturgo español que siguiera los mismos procedimientos—obras hermosísimas de una profunda psicología femenina.

No se limitaba sólo á observar por el solo placer de observar; gozaba de la vida en toda su extensión; disfrutaba de todos los placeres imaginables allá en las soledades de su palacio, recogido, silencioso, mientras los periódicos católicos le colmaban de elogios, le llamaban eminente, sabio, virtuoso prelado...

...Y cuando en las procesiones marchaba lentamente, compuesto como un monarca persa, rodeado

de sus servidores, que llevaban detrás el dorado sillón; cuando atravesaba por entre las multitudes reverentes y silenciosas, marcábase en su rostro pálido la sonrisa del placer satisfecho, y parecía ir diciendo a sus mansos borregos: «imbéciles, imbeciles.»

J. MARTÍNEZ RUIZ.

COSILLAS

Problema:

¿Por qué se baten en Filipinas los soldados españoles, por la integridad de la patria, ó por sostener la dominación frailuna?

Si es por lo primero, nada digo; pero si es por lo segundo, francamente, creo que todos los frailes juntos no merecen que un solo español vierta una sola gota de sangre.

¿No la han armado ellos? Que la desarmen.

Además, ninguna ocasión mejor para demostrar que cuentan con la ayuda del Cielo. Pídanle que los rebeldes depongan las armas, y aguarden confiados en sus conventos.

¿Que las deponen? Milagro patente, y bendito sea el Señor. ¿Que no? Pues ya está conocida la voluntad de Dios. A embarcarse para acá, y que las tropas se encarguen de meter en cintura á los sublevados.

¿A que no les acomoda el trato?

Vamos, que me gusta el corresponsal que tiene en Villafamés *La Antorcha Valentina*.

En una carta que dirige al valiente colega, dice:

«Los carlistas se agitan mucho por aquí. Conviene vivir prevenidos, y en el momento que se levante una partida, decretar el cierre de las iglesias, la expulsión de los jesuitas y frailes, la confiscación de los bienes del clero y el destierro de todos los sacerdotes. Así no tomaría incremento la guerra civil.»

Un poquito más he dicho yo hace años. Pero, en fin, si no se puede hacer más que eso, con eso me contentaré, siempre que á la vez apliquemos iguales caricias á los republicanos que traten de oponerse.

La justicia lo exige.

Dice un periódico carcatólico de Valencia, e «sólo la Iglesia de Jesucristo es la que no tingué de clases, y con preferencia abraza os humildes».

¡Embustero! ¡Trapalón! ¡Trapisondistas! ¿Cuándo has visto al lado de un pobre enfermo, no digo á un cura ni á un fraile, á una de esas que por mote llaman hermanas de la Caridad?

Y no me vengas, hipócrita, diciendo que en los hospitales, porque te contestaré que, si están allí, es porque reciben comida, habitación y sueldo.

En cambio, todo el que tiene dinero alquila á esos ángeles de la Caridad, que se encargan de paso de trabajar policíacamente en favor de los jesuitas, sus amos.

De todas las fábulas que corren acerca de las gentes clericales, ninguna tan falsa como la de que la religión católica es la de los pobres.

El Correo, hablando de San Antón:

«La popularidad de este santo se mantiene viva á través de los tiempos, y su influencia es muy necesaria, á pesar de todos los progresos de la civilización.»

Sin duda lo dice por esto otro, que apunta un colega:

«Las borracheras no han escaseado, dándose el caso de llenarse de hijos de Baco la cueva de la prevención del distrito.»

Como siempre, vamos.

Cambia todo, menos la costumbre de atracarse, emborracharse y escandalizar en las fiestas religiosas, reducidas á comer besugo, ó cabrito, ó pavo etc., etc.

Es verdad que hay que disculparla, porque ya hemos convenido en que la católica es una religión puramente espiritual, aunque en estos casos más bien parezca espiritiosa.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

D. Salvador Villar, beneficiado de Onda, daba á los pobres cuanto tenía: una mosca blanca en su gremio!

La mujer que le servía no era joven, sino vieja. ¡No ya mosca, mirlo blanco resultó este cura!

Y en vista de esto ¿qué había de suceder? Que los demás, comprendiendo que aquella conducta honrada los ponía en evidencia, consiguieron que el obispo lo desterrase.

Enterados los vecinos, se amotinaron y hasta se permitieron el lujo de tirar algunas chinitas á la casa del párroco.

No les arriendo la ganancia, como tampoco al cura que cree cumplir con su misión siendo caritativo y casto.

Esto no quita para que yo lo salude con el mayor respeto, por si no vuelve á presentarse en la vida ocasión de tropezar con otro como él.

¿Es verdad que el párroco de Archena, después de dar los tres toques convocando á misa mayor y de salir al altar y cantar no sé qué, se mete en la sacristía, y á veces no sale en media hora esperando á que llegue la familia del vizconde de Rial?

¿Lo es asimismo que ha citado á juicio á varios infelices que no tenían ni para comer, porque le debían un pico por enterramiento de algún deudo?

¿Lo es también que dedica al sacristán, y á dos tipos que parecen sayones de paso de Semana Santa, á cobrar los entierros y bautizos, ya en gallinas, ya en capones, ya en lo que puedan pillar?

Porque si todo eso es cierto, como me aseguran, no sé porqué llaman á un cura así padre de almas, cuando le cuadra mejor el título de padrastro de cnerpos; como tampoco me explico por qué las personas de algún viso en Archena no acuden en queja de él al obispo; pues aun cuando no las atendiese, demostrarían que no son tan sufridas y pacientes que toleren sin protesta hechos de esa clase.

¡Háganlo, aun cuando no sea más que por darle un disgusto á ese adúlador de ricos y tirano de pobres.

El Duende que escribe en *La Voz del Obrero* (Ferrrol) miró hace pocas noches por la ventana de la sacristía de la capilla de San Roque, y vió... ¿Como lo diré, ¡cielo santo! para no escandalizar los castos oídos de mis lectores?

Si yo fuera fraile, y mis lectores beatas, pronto saldría del paso; unas cuantas palabras groseras, pero gráficas, y al avio; pero como ni ellos son eso ni yo lo otro... En fin, procuraré decirlo sin faltar á ningún respeto humano ni divino.

Vió... á un él y una ella... ¡Nuevo atasco! ¿Quien me diera, si no la grosería del fraile, el desenfado de los que escribieron cientos pasajes de la Biblia!

Un él y una ella que, olvidándose de que estaban en lugar sagrado, corrian de acá para allá, hasta que por último se alcanzaron, y...

¡Bendita sea la luz que se apagó en aquel instante, y que me ahorra relatar lo que ya no tenía medio de impedir que acudiese á los puntos púdicos de mi escrupulosa pluma!

El jesuita Vicent, además de comerciar en guano, se dedica á vender bacalao en los pueblos de la provincia de Valencia.

¡Qué comercio más apestoso! Afortunadamente para él, el trato con sus compañeros le habrá habituado á ver guano, y el roce con las beatas á no molestarle el olor del bacalao.

Háblase de una cachetina colosal que los curas de Onda se propinaron en la propia sacristía.

Duro, hijos míos, duro, hasta que yo os diga: ¡basta! Teniendo cuidado de no estropearos la sagrada circunferencia, aunque os pongáis la calabaza como una criba.

Y hasta transijo con que os rompáis la coronilla ¿seré yo tolerante? con tal de que os la rompáis bien.

Un sevillano devoto, socio de la cofradía titulada *La oración del huerto*, ha empeñado las ropas de Jesús.

Si ese lo pillá vivo en el huerto, hace más que Judas, por qué lo vende encueros si le ofrecen por la ropa un dinero más.

¡Pero qué desgracia la de Cristo! ¡En vida y en muerte rodeado de ladrones!

DISPAROS

Ha muerto en la Villa de la Unión (Valles de Sagunto), D. Vicente Blasco.

Fué modelo de honradez y consecuencia política, se batió por la libertad, y demostró su clara inteli-

gencia é inquebrantable rectitud en la administración de los intereses públicos.

Al sentimiento que en los republicanos de Valencia ha causado la pérdida de tan respetable y respetado correligionario unimos el nuestro, enviando á su hijo, querido amigo D. Aurelio Blasco Grajales, la expresión de nuestro mas sentido pésame.

Rogamos á nuestros lectores que se fijen en el magnífico artículo de Alfredo Calderón que encabeza este número.

El obispo de Tortosa excomulgó á un periodista republicano de Castellón, el Sr. Betoret, y los amigos de éste respondieron obsequiándole con un banquete.

Eso se llama suerte. Cuarenta y tantas excomuniones han entrado por esta casa, y no ha caído un almuerozo de mala muerte.

Es verdad que acaso haya tenido yo la culpa, por decir que las excomuniones me engordaban, como así era efectivamente.

Y la prueba es que, desde que han cesado, estoy mas esbeltito.

Relativamente, por supuesto.

Las leyes prohíben las Comunidades religiosas en Venezuela.

Los clericales establecieron á la sordina un convento de Adoratrices; el gobierno se enteró; ofició al arzobispo en términos mesurados, pero enérgicos, y el arzobispo, á pesar de hacerse el lila, no tuvo mas remedio que disolver la mística madriguera.

Aquí, como en Venezuela están los frailes prohibidos por la ley; pero como allí hay gobierno y aquí no, velay.

Mas de veinticinco mil pesetas van ya recaudadas para las liestas de la beatificación de fray Valentín Berrix Ochoa, en Bilbao.

Doy mi parabien sincero á esa población rumbosa, que el estrenar santo es cosa que vale cualquier dinero.

No solamente en Monjuich hay individuos presos por suponerlos anarquistas; en la cárcel de Barcelona los hay también, y por cierto sin haberlos incluido en ningún proceso.

No pedimos justicia, por que sería en balde; únicamente deseamos estar pronto en condiciones de podérmola hacer por nuestra mano.

Se extraña un querido colega de Huelva, *La Marseles*, de que todos los obreros que mueren en el hospital de Río Tinto lo son por enfermedades comunes, y ni uno solo por los efectos de un barreno, de un derrumbamiento, etc., etc.

Y pregunta si en este milagro intervendrá el cura Manuel Mantero (á *Cara ancha*, que está allí puesto por la Compañía de Río Tinto, con 250 pesetas mensuales, casa y agua.

No lo sé, pero acaso sea. El que sirveno es libre.

He leído estos días en varios periódicos un artículo titulado *Cómo se obtiene el oro*, y en que se detallan las diferentes operaciones á que se somete desde que se le extrae de la mina.

No niego que todo sea cierto; pero hay otro medio más sencillo para obtener oro: ponerse una capucha de fraile. Con la ventaja de que se obtiene ya acuña-dito y todo.

Un tal Asín, republicano, se ha encargado de la dirección de un periódico conservador en Alicante. Así, asín y asina se medra. Es verdad que á la vez se pierde la vergüenza; pero esto ¿qué importa á los que tal vez no hayan siquiera oído hablar de ella?

En Filipinas no se hacen prisioneros.

El rey de Abisinia, Melenich, cogió prisioneros á millares de soldados italianos que habían ido á su tierra con el piadoso objeto de reventarle, y los ha mantenido y devuelto á su patria.

Verdad es que no se deja guiar por frailes.

NONADAS

POR

ALFREDO CALDERON

Precio: 5 pesetas.

Los pedidos al autor: Carranza, 4. 3.º izquierda.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.